

La poesía de María Enriqueta tiene mucho de la pintura holandesa de interiores. Pocos poetas dan como éste un ambiente. Yo he sentido en ella como en nadie la noche de invierno oprimiendo el corazón de la mujer que espera. Y como en ningún poeta mexicano, ni siquiera en el gran López Velarde, he hallado en este libro el México colonial. Me ha hecho sentir el patio de la *casona* española, las callejas de los pequeños pueblos, la imagen de la Virgen que se levanta en un recodo del camino, y aquel maravilloso *afilador*, que le ha dado la mejor poesía del volumen. Ha hincado María Enriqueta hasta muy hondo en el solar nativo, y por sólo esto, aun cuando tiene tantas virtudes más, debe ser el poeta muy amado de su pueblo.

Para algunos críticos la femineidad en la poesía de las mujeres es solamente la expresión, delicada o acremente sincera, del amor; confunden a la mujer en general con *la amorosa*. Para mí la expresión más verdadera de femineidad en la poesía nuestra, es el hacer sentir el hogar. En este aspecto María Enriqueta es lo más femenino de nuestra lengua y esto da a su poesía una nobleza profunda. Y es que ella ha sido por excelencia, lo que llamaban nuestros abuelos *la mujer de su casa*; eso que, en nuestra época de feminismo rabioso, es una inferioridad, al ser una limitación. Aunque la profesión de concertista que fué suya algún tiempo, la haya obligado a hacer vida social, no se ha empeñado en ella la mujer mexicana de hace veinte años, que tenía en la casa su universo, que entre sus cuatro paredes lo ha vivido todo: amores, pesadumbres, alegrías. No hay, digan lo que digan las ajetreteadas jóvenes modernas, otra forma de vida noble para la mujer.

Ha defendido a María Enriqueta de la mundanería la misma calidad de su espíritu. Nunca una mujer de alma fina tendrá placeres entre la muchedumbre; siempre ha de necesitar mucho silencio en torno suyo para sentirse el latido recóndito del propio pecho y el de aquellos que ama. Aunque se alegue el caso de la Condesa de Noailles no será de la flora de los salones, alumbrada por los reverberos eléctricos, de donde salga el alma de mujer que diga a los otros ni la palabra del pensamiento ni la del sentimiento profundos.

Hay en María Enriqueta el amor de los pequeños temas; es un poeta de lo cotidiano. Lugones la llamaría una fina *doradora* de asuntos vulgares. Ella misma es la lámpara que en medio del hogar ilumina, poniéndoles un discreto esmalte, el rincón penumbroso de un aposento, el retrato familiar, la vieja

silla evocadora, la mesa con el libro abierto. Cuando la sensibilidad no necesita de fuertes conmociones para vibrar, se transmutan en belleza las menudas cosas y no queda un instante árido en la vida interior.

Pocas veces en un libro de poemas puede seguirse como en éste una vida. De página a página, miramos a esta mujer leyendo una música, caminando por el corredor ancho, regando su jardín, oyendo con el rostro levantado la canción del cartero que se aleja. Y como esta poesía se siente *tan verdad*, se la lee con una actitud de reverencia, como si tuviéramos a esta mujer junto de nosotros y miráramos en silencio su rostro sufriente.

Amo el romanticismo de María Enriqueta. No es aquel un poco teatral de Chateaubriand, ni es la idealidad tan vaga y a veces tan poco humana de Lamartine; está lleno de verdad; es una luz delicada de crepúsculo extendida sobre un paisaje o caída sobre una ventana, que no les anega las líneas ni se las vuelve irreales.

Me gusta ver en este poeta mezclarse la poesía objetiva con la subjetiva en los mismos poemas, como en aquel intitulado «La Carta», para mí la segunda poesía del volumen. Se ve el camino que sigue la carta de amor, la cinta torturada de tierra que sube cuevas, atraviesa el llano y se entra en el bosque negro. La carta se humaniza: es como un sér que va, palpitante de ansia, hacia su destino; y se mira el rostro de la mujer que la sigue con el alma, cuando ya los ojos se le cansan sobre el horizonte o la lontananza se borra.

La autora tiene predilección por el romance: podría decirse que lo ha rehabilitado, porque es una de las formas literarias caídas en descrédito u olvidadas. Le sirve por el amor que ella tiene de la suavidad de la rima, del discreto asonante, en oposición a la otra que alguno llama *escandalosamente sonora*; le sirve por la fluidez suma que tiene su verso y a la cual el romance es particularmente propicio, y lo usa, sobre todo, porque ella es especialmente un poeta descriptivo: alabado sea también por esto, porque mucho nos faltan poetas de esta índole. Es nuestro artista una de las pupilas más abiertas al espectáculo del mundo, más recogedoras de la palabra plástica de la Tierra. Lo mismo que en los temas subjetivos, ella rehuye en la pintura del paisaje lo grandioso: no hay cantos a las montañas ni a las selvas de su patria: hay los caminos del

campo, el encaje frío del árbol de invierno; el pestañeo de la brisa en los aleros, la palabra humilde de la lluvia fina.

Agregaremos todavía otro mérito a esta labor poética: la de su cabal originalidad. La imitación francesa, la alemana, hasta la oriental, nos han anegado, y el Adán literario de que hablaba Rubén que es justo que en todos exista, es ya en nosotros demasiado visible y resta a la obra sinceridad, eso que es lo único que importa en todas. No me convencen, es lógico, la voz aprendida, el labio prestado. Cerramos un libro y otro de los de veinte años a esta parte, pensando que es preferible leer a Verlaine en Verlaine y a Baudelaire en Baudelaire. A pesar de ser mujer, lo que haría en ella más justificable *el arrimo*, no lo busca: suyo es el acento y suya la boca.

ENVÍO

¡Suave y noble María Enriqueta! Me ha sido dada la gracia de que yo lea tu libro en la tierra que te lo ha hecho manar del corazón gota a gota, en el país que, como una mano puesta sobre tu pecho, ha exprimido tu poesía tan dulcemente como se exprimen tus manantiales mexicanos. Así te lo he sentido mejor en su dulzura; se me funde con tu naturaleza amable y con la voz, a veces rota de tristeza, del organillo de tus pequeños pueblos.

Respetuosa y tiernamente al cerrar la última página vuelvo a ti mi cara, tomo tu mano en la cual ya debe haber un color de hoja de otoño dorada y bella, y la beso segura de tocar una de las cosas más nobles que ha amasado el suave polvo de tu patria.

GABRIELA MISTRAL

México, marzo de 1923

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Pedro Prado:	
<i>Ensayos</i>	1.50
<i>La Reina de Rapa Nui</i>	1.50
<i>Los Diez</i>	2.00
A. Fogazzaro:	
<i>Daniel Cortés</i> (Novela)	2.00
Alejandro Sux:	
<i>Los voluntarios de la libertad</i>	1.50
J. Muñoz Escamez:	
<i>El Tempranillo</i> (Novela), los dos tomos	3.00
<i>Por la gloria de San Ambrosio</i> (Novela chilena). Por H. Henríquez.	3.00
<i>Chile Nuevo</i> . Por Maltrana (Anjel C. Espejo)	2.00